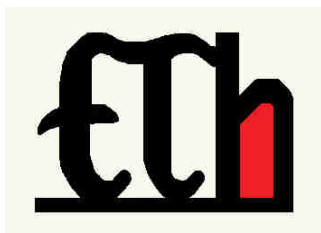


**MUERTE
EN EL
ROMPEOLAS**

J. A. PÉREZ-FONCEA



© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Muerte en el Rompeolas*

© J.A. Pérez-Foncea 2015

© Editorial ETH, S.L. 2015

C/ Navarra Oñatz, 7 Bajo

20115 Astigarraga. Guipúzcoa. España.

Tel.: 943 57 30 26

Primera edición: diciembre 2015

Depósito legal: SS-365-15

ISBN – 978-84-942272-3-3

Impresión: GRAFO

Ilustración de la Portada: Maiki Niky Design

Maquetación: Idoia Amo

PREÁMBULO

Lloviznaba. Llevaba haciéndolo toda la noche.
El firme estaba muy resbaladizo.
El lujoso automóvil, un Mercedes Benz coupé, de color gris plateado, se acercaba a la curva a una velocidad excesiva.

La barandilla de seguridad que siempre había estado ahí, protegiendo a los vehículos desde borde de la carretera, brillaba por su ausencia. Tres días antes un camión se había salido de la calzada y se la había llevado por delante.

El conductor frenó en seco.

El sistema ABS funcionó a la perfección y las ruedas del automóvil parecieron clavarse en el asfalto. Como consecuencia de la intensa fricción, una penetrante humareda, acompañada del característico olor a goma quemada, lo impregnó todo.

Sin embargo, apenas unos instantes más tarde, el coche se despeñaba acantilado abajo, recorriendo en apenas unos segundos los 140 metros de desnivel que

le separaban del mar.

Era imposible que nadie pudiera sobrevivir a una caída semejante. Además, en el hipotético caso de que lo hiciera, el fortísimo oleaje y la baja temperatura del agua bastarían para acabar con su vida en cuestión de minutos.

Eran las 4.08 de la madrugada del viernes, 25 de febrero de 2005.

Fue necesario que transcurrieran varias horas antes de que alguien descubriera el accidente, y unas cuantas más para que las autoridades lograran acceder hasta el fondo del acantilado.

1

Podía decirse que a la edad de cuarenta y dos años la vida le sonreía a Víctor Fosch. Cuando menos en lo familiar y en lo profesional. Que es como decir en casi todo. Casado y con tres hijos, su trabajo no sólo le gustaba, sino que le apasionaba. Desde luego, había sabido labrarse un nombre en el campo penal y criminalístico.

Su estilo personal quedó marcado ya desde los primeros pasos en el ejercicio de la profesión, cuando era todavía muy joven, con muy pocos años de rodaje. Trabajaba por aquel entonces en las filas de Dunstan & Van der Wiel, un gran despacho internacional de abogados con oficina en Madrid. Su inmediato jefe cayó enfermo durante una larga temporada y él fue el encargado de sustituirle en la dirección de un sencillo tema penal; sencillo tan sólo en apariencia, tal y como quedaría demostrado más tarde.

Víctor tuvo una genial intuición que alteró por completo el enfoque dado a los hechos, y que sirvió

Muerte en el rompeolas

para descubrir insospechadas ramificaciones. A lo largo del proceso se puso de manifiesto que el cabecilla de la trama era nada menos que un honorable y conocido hombre de negocios, del que nadie hubiera podido sospechar. La condena resultó tan sonada, que el joven abogado fue entrevistado hasta la extenuación por todas y cada una de las televisiones nacionales y locales, durante las largas semanas posteriores al juicio. A las televisiones siguieron las emisoras de radio, y la prensa digital e impresa, de toda ideología y tendencia. En cuestión de muy pocos días, Víctor Fosch se había convertido en toda una celebridad mediática.

Su popularidad se habría esfumado como el aire con el mero transcurso del tiempo, si no hubiera sido porque al poco desenmascaró otra importante y turbia trama de blanqueo de dinero. Insignes políticos de la vida nacional estaban implicados en ella.

Su sueldo y categoría en el despacho ascendieron, al tiempo que le llovieron interesantes ofertas desde otros destacados bufetes de Madrid y de otras ciudades de España.

De hecho, muy poco duraría al frente de su nuevo cargo en Dunstan & Van der Wiel. Y no fue porque se dejara conquistar por la competencia, sino porque fue entonces cuando decidió invertir el modesto patrimonio que tenía acumulado en la apertura de su propio negocio: el «Estudio Legal y Forense Fosch».

Así fue como este joven abogado madrileño inició su propia andadura a la temprana edad de veintiocho años.

J. A. PÉREZ-FONCEA

Fue también por aquel entonces cuando conoció a Silvia Llanes, la mujer de su vida.

Se casaron al año siguiente.

A pesar de la apariencia de carrera fulgurante, los comienzos fueron duros. Lo pasaron mal. Incluso durante algunas temporadas, muy mal. Pero con tenacidad y el transcurso del tiempo, acabaron viendo recompensados sus esfuerzos.

Al segundo año de andadura la clientela comenzó a dar beneficios. Poco después se haría necesario contratar a algunos ayudantes, y en la actualidad su oficina mantenía corresponsalías con algunas de las principales ciudades de España y del extranjero.

La actividad del despacho se especializó en el área penal y criminal. Debido a su prestigio y amplia popularidad, Víctor encontró ahí un importante nicho de mercado. Un nicho muy lucrativo. Pues a él acudía una clientela llamémosle «selecta», gente de una cierta élite económica que, a la hora de esclarecer los problemas que le quitaban el sueño y que afectaban a aspectos sensibles de su vida, prefería acudir a una persona de su entera confianza. A alguien cuya honradez, competencia y sobre todo, confidencialidad, estuviesen plenamente acreditadas.

El estudio Legal y Forense Fosch ofrecía todas esas garantías, siendo capaz, además, de abarcar todos los aspectos del mundo criminal: desde la investigación del delito, hasta el análisis de sus últimas ramificaciones legales.

Muerte en el rompeolas

Aquel día de enero, la niebla era tan espesa y gris, que daba la impresión de que el sol se hubiera olvidado de su cita con el amanecer. Y no es que esa jornada fuese una excepción. Contrariamente a lo que suele ser habitual en el clima seco de Madrid, aquel invierno estaba presentando desde el primer día su cara más sombría y húmeda. Hacía ya demasiados días que el sol no se dejaba ver en la ciudad. A la nieve le sucedía la lluvia, y a ésta volvía a sucederle la nieve. Y cuando no nevaba o llovía, la niebla se resistía a abandonar las riberas del Manzanares. Ya casi nadie hablaba del calentamiento global. Desde luego, no eran los días más oportunos para hacerlo.

La atmósfera era sombría y la gente, no acostumbrada a un ambiente tan triste, padecía. Se notaba en las caras.

Víctor no era ajeno a la climatología. No le asustaba el frío, y le gustaba la nieve. Pero la oscuridad... eso era otra cosa. Le parecía antinatural. Como el metro. Siempre que podía lo evitaba. Prefería ir en autobús o, mejor aún, a pie, cuando las distancias de la capital se lo permitían.

Aparcó su sencillo Kía familiar en el garaje del edificio, situado en la Plaza del Doctor Marañón, en pleno Paseo de la Castellana, arteria vital de Madrid, y tomó el ascensor hasta la quinta planta. El despacho ocupaba el último piso de un representativo edificio de oficinas.

Ese día llegaba un poco más tarde de lo habitual. A causa del tráfico. Parecía que esa mañana todo el mundo hubiera decidido coger el coche. Por eso había

J. A. PÉREZ-FONCEA

tardado mucho en acercarse a los niños hasta el colegio. Su mujer, Silvia, solía hacerlo los lunes y los viernes, y él lo hacía el resto de los días de la semana, siempre que estaba en Madrid. Ese día era miércoles y estaba en Madrid, así que le había tocado a él.

Entró por la puerta a las nueve y veinte de la mañana. A pesar de los amplios ventanales que daban sobre la anchurosa Castellana, todas las luces estaban encendidas, como en plena noche.

Marina, la secretaria, una atractiva joven de carácter alegre, también presentaba un aire más mustio y apagado que de costumbre. Ella también se había ido contagiando del ambiente gris reinante.

—Buenos días, Marina. ¡Vaya atasco! ¿Ha habido alguna llamada para mí?

—Sí, unas cuantas. A ver...: Carlos Steiner, de la embajada de Israel, ha dicho que...

—¡Ah, sí! Ya sé lo que quiere. No importa, pásale el asunto a Tomás.

—¿A Tomás?, muy bien. Ha llamado también el Sr. Serra, de Garrigues, por el tema del incendio en el Hotel Continental de Santander.

—¡Es verdad! Se me había olvidado por completo. Ahora mismo le llamo. —Viendo que el día se presentaba cargado, decidió que sería mejor recibir la información por escrito; cosa que, por otra parte, le ocurría casi todos los días:

—Pásame por favor todo lo que quede por correo electrónico y si hay algo que no entienda, ya te lo preguntaré.

—Muy bien.

Muerte en el rompeolas

Víctor dedicó un buen rato a hablar con Serra. Cuando acabó, eran ya casi las diez de la mañana. Sólo entonces pudo abrir el email de Marina con las llamadas pendientes. De entre todas, hubo una que llamó su atención sobre las demás. Era la llamada número 4 y la nota rezaba así:

marina.meneses@consultorafosch.es
09:24 (hace 32 minutos)

para usuario

A continuación te envió el resumen de las llamadas recibidas:

....

4: Señor Fernández: dice llamar «desde el Norte». Insiste en hablar contigo personalmente. No ha querido dejar ningún número de teléfono. Dice que es muy urgente y que volverá a llamar a lo largo de la mañana.

...

Víctor se extrañó de que alguien llamara diciendo que lo hacía «desde el Norte». Como penalista, había cursado un buen número de cursos de criminalística y de criminología, y asistía con frecuencia a congresos dedicados a esas materias. Aunque a veces se reía de su arraigada costumbre de buscar anormalidades en donde no las había, estaba ya muy habituado a fijarse en los detalles. Y a darles importancia. Esto ocurría a veces incluso con datos nimios que a otra persona le hubieran pasado

J. A. PÉREZ-FONCEA

inadvertidos.

¿Qué significaba eso? Comenzó a preguntarse. *«Desde luego, uno no se presenta diciendo que llama desde el Norte, el Sur, el Este o el Oeste. Por regla general, uno llama desde una ciudad, desde una empresa, de parte de alguien, pero no llama desde el «Norte». Salvo que tenga un motivo muy poderoso para hacerlo».*

Llamó a Marina para salir de dudas:

—¿Sí?

—Marina, soy Víctor. Estoy devolviendo las llamadas de la lista y aquí hay una, la número 4, de un tal Sr. Fernández, «desde el Norte», que no sé quién es o qué significa. ¿No te ha dado más datos?

—No. Pero ha insistido mucho en que quiere hablar contigo personalmente. Ha quedado en que volverá a llamar.

—Si vuelve a hacerlo, avísame al momento, aunque estuviera hablando por la otra línea.

—Muy bien.

—Gracias, y tráeme un café bien cargado, por favor. Con este tiempo le cuesta a uno despertarse.

—Ahora mismo.

—Gracias, Marina.

Fiel a su compromiso, Fernández volvió a llamar. Lo hizo una hora más tarde, desde una cabina telefónica.

—Consultora Fosch, ¿Dígame?

—Buenos días. Soy Pedro Fernández, he llamado hará una hora poco más o menos. Llamo desde el Norte. Quisiera hablar con el Sr. Fosch, por favor.

Muerte en el rompeolas

—Sí, Sr. Fernández, ahora mismo le paso.

—Muchas gracias.

...

—El señor Fernández, el que dice que llama desde el Norte.

—Perfecto. Gracias.

...

—Le pongo con el Sr. Fosch.

—Gracias.

...

—¿Sí, dígame?

—¿Sr. Fosch?

—Sí, yo soy.

—Buenos días. Mi nombre es Pedro Fernández. Le llamo porque me gustaría concertar una cita con usted. Le agradecería mucho si me pudiera recibir esta misma semana, lo antes posible. Se trata de un asunto que considero muy urgente.

—¿Llama usted desde fuera de Madrid? — Aprovechando que su interlocutor no le veía, Víctor no se esforzó por reprimir la sonrisa maliciosa que le vino a la boca. Parecía querer decir: «o quizás llama usted desde el Norte de Madrid...?»

—Llamo desde el Norte, pero preferiría no tener que proporcionar ningún otro dato por teléfono.

—Entiendo. ¿Podría usted venir el viernes por la mañana? ¿A eso de las diez y cuarto?

—Sí, claro.

—Pues entonces aquí le espero. Plaza del Dr. Marañón...

Su interlocutor le cortó:

—Preferiría que no fuese en su despacho.

J. A. PÉREZ-FONCEA

Quisiera evitar que alguien pudiera verme. Preferiría un lugar más informal: una cafetería tal vez...

Víctor se sintió un tanto violento: ¿aquel hombre que llamaba casi implorando una cita se permitía poner condiciones? Sin embargo, tuvo los suficientes reflejos para ceder a tiempo. Quizás debiera agradecerse a los efectos beneficiosos del café cargado de Marina.

—Está bien. ¿Tiene pensada alguna en particular?

—No, ninguna.

—¿Qué le parece en «Castellana Ocho»? — Castellana Ocho estaba a pocos minutos a pie desde el despacho de Víctor.

—Perfecto. Entonces en la cafetería Castellana Ocho, el viernes, a las diez y cuarto de la mañana.

—Eso es.

—Muchas gracias. Allí estaré.

Víctor se quedó un tanto pensativo, mirando hacia el vacío. Había conocido un sinnúmero de personajes a lo largo de su carrera profesional. Y, desde luego, había tratado con tipos que aventajaban en «peculiaridades» a su reciente interlocutor. Pero había algo en él que le hizo pararse a reflexionar por unos instantes.

Desde luego ese hombre tenía mucho miedo. Se sentía amenazado. Y, desde luego, Fernández no era su verdadero nombre.

¿Tampoco llamaría desde el misterioso Norte?

¿Por qué tendría recelos a presentarse en su despacho? ¿Podrían verle...? ¿Y acaso no sería aún más visible en una cafetería abierta al público?

Muerte en el rompeolas

El viernes saldría de dudas...

El viernes 15 también amaneció con una fina lluvia de invierno. A ratos se transformaba en agua nieve. Y a ratos nevaba. El frío era cortante. No tan intenso como para ser noticia, pero sí como para penetrar hasta los huesos.

Estaba visto que aquel invierno iba en serio.

Víctor llegó a la oficina a las nueve y cuarto pasadas. Se dijo a sí mismo que se estaba relajando demasiado. Tenía que dar ejemplo de puntualidad a sus empleados y, sin embargo, hacía tiempo que no conseguía llegar antes de las nueve. Ni siquiera los días en que Silvia llevaba a los niños al colegio. Tendría que estudiar por dónde se le iban los minutos...

No se le olvidaba que hoy era el día en que se había citado con el presunto Sr. Fernández. Le seguía picando un poco la curiosidad. Después de tantos años investigando crímenes y delitos de lo más variado, todavía conservaba vivo el interés por cada nuevo caso, por cada nueva historia. Pero es que, además, intuía que ese Sr. Fernández le iba a sorprender. No sabía por qué, pero tenía eso que los americanos llaman una corazonada. Y lo cierto es que, en lo referente a presentimientos, Víctor rara vez se equivocaba. Quizás fuese eso lo que le había encumbrado en su carrera profesional. Una especie de sexto sentido.

—Buenos días, Marina. ¿Alguna novedad? —La secretaria seguía con un aire tan apagado como los demás días. Eran demasiadas semanas sin ver el sol.

J. A. PÉREZ-FONCEA

—Varias llamadas. Creo que ninguna importante. Y hoy tienes una cita a las diez y cuarto con el Sr. Fernández, en Castellana Ocho.

—Pásame las llamadas por correo electrónico y dile a Rodrigo que venga a mi despacho, por favor.

Rodrigo Sotomayor era la mano derecha de Víctor. Lo había sido casi desde el principio. De hecho él había sido su primer empleado. Y juntos empezaron aquella aventura de la Consultora Fosch, que hoy era una realidad. Se conocieron en un curso de criminología en Santander, en la universidad de verano.

La familia de Rodrigo había vivido casi veinte años en Estados Unidos. Éste se había criado allí y hablaba el inglés a la perfección. Aunque se sentía plenamente identificado con España, su país natal, había conservado el estilo yanqui de acortar los nombres, y se hacía llamar simplemente «Rod».

Se complementaba bien con su jefe. Si Víctor a veces podía pecar de un carácter excesivamente intuitivo e impulsivo, su ayudante ponía el contrapunto de la racionalidad y la calma. Indudablemente, formaban un equipo.

Ambos eran también muy diferentes en su aspecto físico.

Rod, un par de años más joven, tenía el pelo rubio y liso, con incipientes entradas. Era alto y fornido, y en más de una ocasión esta característica había sido de la máxima utilidad a la hora de sacarles de apuros.

También Víctor era de constitución fuerte, pero

Muerte en el rompeolas

su estatura era algo menor. Tenía el pelo muy negro y sin entradas, lo cual le servía para bromear de vez en cuando con su ayudante.

Rodrigo llamó a la puerta y Víctor le invitó a entrar:

—¡Pasa!

—Hoy tienes al misterioso Fernández, jefe.

—Por eso te llamo. Ven, siéntate. Quiero que me acompañes a la cafetería.

—¿No se asustará? —preguntó Rod mientras se acomodaba en la silla—. Por lo que me dijiste, ese tipo parece muy reacio a compartir su historia con nadie más que contigo.

—No, no quiero que estés en la conversación. Sólo quiero que le observes, y que vigiles la cafetería.

—¿Crees que puede ser peligroso?

—No. Pero las precauciones nunca están de más. —A lo largo de su carrera, Víctor había recibido innumerables amenazas: anónimas en su mayor parte, algunas de las cuales habían pasado a los hechos. Por eso había aprendido a extremar las medidas de seguridad. El dicho de «más vale prevenir que lamentar» era su consigna favorita—. Me parece extraño que desconfíe de mi oficina, cuando supuestamente confía en mí.

—Entonces le crees peligroso...

—No. Insisto en que no. Es él el que me parece que corre peligro. Parece que tiene un miedo tan grande, que ve fantasmas en donde no los hay. Es posible que tema que aquí tengamos micrófonos.... De cualquier manera, trata de tomar demasiadas

J. A. PÉREZ-FONCEA

precauciones. Probablemente haya recibido amenazas.

—Tantos años trabajando juntos y sigues sorprendiéndome como el primer día. Yo no hubiera sido capaz de ver tantas cosas en una simple llamada telefónica.

—Pues ya ves... —respondió el jefe con una sonrisa maliciosa—. No. No creo que vaya a haber problemas, pero tú debes estudiarle desde la barra o desde una mesa cercana. Y ver si hay algún «pájaro» suelto por el bar. ¿Me entiendes? —Rod comprendió que su jefe se refería a que debía comprobar que el Sr. Fernández no hubiese sido seguido o estuviese siendo espionado por alguien—. Quizás descubras algún detalle que a mí se me pase por alto...

—Entendido.

—Llevaré uno de los teléfonos encriptados del despacho. Si he acertado en mi diagnóstico, nuestro hombre lo va a necesitar. ¿Tienes paraguas?

—Llevo un gorro para la lluvia —se refería a uno de esos prácticos sombreros de agua plegables—. Ya sabes que odio los paraguas.

—Tenemos un cuarto de hora hasta allí, y prefiero llegar antes que él. Así podremos elegir nuestras «posiciones».

Bajaron juntos hasta la planta baja, y a partir de ahí se separaron. Era preferible no caminar juntos. Cada uno seguiría su propio itinerario hasta la Cafetería.

Víctor salió a la calle desde el mismo portal del edificio y Rod lo hizo desde la salida de peatones del garaje.